

MIS EXPLORACIONES EN AMÉRICA

I

Colón-Aspinwall.—Camino de hierro de Panamá.

Avanzando hacia tierra, empujado por una vela, con la frente acariciada por el viento suave que agitaba la superficie del mar, esperaba, de pie sobre la popa del steamer *Filadelfia*, que los primeros resplandores del alba alumbraran las montañas de Porto-Bello. Desde hacía algunas horas, tenía los ojos fijos á través de la obscuridad, en el horizonte negro, por todas partes estrellado; por fin, las estrellas se fueron apagando unas después de otras; el vago centelleamiento de la vía láctea se borró y los primeros reflejos de la aurora aparecieron por Occidente, como un vasto lienzo blanco sobre la tierra. La masa de los montes estaba envuelta aún en las sombras, y gradualmente la luz descendió por todas las vertientes, colorando las más lejanas y elevadas cimas con una tinta azul, apareciendo en las escarpaciones más próximas los bosques desparramados como mantos de verdura, y mezclando con matices de rosa la capa de niebla que se extendía sobre la costa, entre el mar y el pie de las primeras colinas. Luego se rasgó el manto de

vapor, dispersándose en jirones alrededor de los arrecifes y sobre la superficie de las aguas, descubriéndose el vasto puerto de Aspinwall ó Navy-Bay, dulcemente difuminado entre los dos verdes promontorios de Chancres y Limon. Al mismo tiempo, los rayos del sol naciente, acariciando oblicuamente las olas, pero sólo en sus cabelleras de espuma, cambiaron en una larga línea de oro la blancura que rodeaba los muelles de Colon-Aspinwall.

Vista desde el mar, la población presenta el aspecto de las ciudades de la América del Norte, construídas rápidamente en el espacio de algunos años. Las casas, de altura desigual, se ven separadas por la playa baja y pantanosa de la isla de Manzanillo, y por el lado de Oeste se aproximan lo suficiente unas construcciones á otras para formar calles. En los terrenos no ocupados por los edificios, grandes árboles desramados se ven en pie todavía. Al otro lado del estrecho brazo de mar que separa la ciudad del continente, se presentan, innumerables y copudos, los árboles del bosque. Un gran barco á vapor y cinco ó seis goletas se balancean sobre las aguas al lado de las embarcaciones naufragadas, cuyos masteleros y palos aparecen poblados de infinidad de crustáceos; cerca del puerto, un viejo barco, con el casco podrido, espera un golpe de mar para zozobrar completamente y contribuir á la obstrucción del puerto. Los rompeolas y plataformas están materialmente llenos de hulla, dogas para barriles y otras maderas. Los wagones, empujados por hombres ó arrastrados por mulas, van y vienen incessantemente entre los navíos y la estación del camino de hierro de Panamá, bonita y graciosa casa en la que, cuatro palmeras con el tronco torcido, pro-

yectan sobre su fachada, resplandeciente de blancura, una apacible sombra que la hace destacarse perfectamente del fondo verde del bosque. Una pared y un rayo de sol es bastante para formar un cuadro maravilloso bajo el hermoso cielo tropical.

Apenas desembarcados, los trescientos pasajeros del Filadelfia fuimos asaltados por una multitud de hombres de todas las razas y países, negros de Jamaica, de Santo Domingo ó Curaçao, chinos, americanos, irlandeses, hablando ó *jergueando*, cada uno en su lengua ó su dialecto, desde el francés é inglés más puro hasta el *papamiento* (1) más corrompido.

Hostigados por la ávida multitud, arrastrados casi de viva fuerza, los pasajeros fuimos tumultuosamente separados y conducidos hacia innumerables hoteles, posadas ó bodegones, de que la ciudad está llena. Yo creía haberme salvado de la multitud refugiándome detrás de un montón de hulla, pero un negro de Santo Domingo acertó á *descubrirme* y, acercándose á mí con un saludo en tres idiomas, se impuso como mi guía, y en toda la mañana no pude separarme de mi importuno defensor.

Colón tiene en toda la América tal reputación de insalubridad, que yo esperaba ver un gran cementerio en donde sombras de hombres se pasearían temblando, consumidos por las calenturas, pero me llevé chasco; no es así.

Los negros y los mulatos que forman la gran mayoría de la población de Aspinwall, tienen todos una salud y una alegría que tranquiliza el corazón de los recién desembarcados; se encuentran allí en un país parecido á aquel de donde fueron arrancados sus padres, y, como las plantas tropi-

(1) *Papamiento*, mezcla de palabras españolas y holandesas.

cales, vegetan espléndidamente sobre esta tierra fecunda y cenagosa calentada por un sol de fuego. Viendo su marcha tranquila y su cara risueña, se comprende que aquí están en su patria y que el porvenir del istmo les pertenece, lo mismo que las demás regiones de la América tórrida. En cuanto á los blancos y á los chinos, los que han podido resistir á la terrible calentura, parecen sostenidos ó hasta aclimatados por la ardiente sed de riquezas, que les ha hecho ir á establecer sus industrias en el país mismo de la muerte. Un fuego sombrío, brillando en sus miradas casi feroces, anima sus caras amarillas y descarnadas. Sus movimientos alternativos y nerviosos demuestran que no viven de la existencia natural del hombre, y que han sacrificado á la ambición todo sentimiento de paz y de tranquilidad. El padre que obligue á vivir á sus hijos en esta población, puede estar seguro de que los mata lo mismo que si les clavara un puñal en el pecho; con todo, hay quien no reflexiona, y desafiando la muerte para él y para los suyos, se marcha tranquilo y resuelto, á esperar en Colón el ave de paso que, los peligros á que se expone, le dan hasta el derecho de saquear. Puede morir en la lucha, es cierto, pero si se puede sostener por la tétrica energía de la codicia, podrá retirarse luego de algunos años de trabajo á New York ó á San Francisco, con su cartera repleta de billetes.

Además, es bastante raro que los aventureros que de todo el mundo van á Colón, lleven con ellos niños ni mujeres. Estas forman una minoría insignificante de la población, y sabido es que toda sociedad donde faltan mujeres conviértese necesariamente en grosera, inmoral, impúdica. Lejos de las miradas de nuestras compañeras, que encantan y subyugan hasta los seres más sombríos, el hom-

bre pierde completamente todas sus buenas costumbres, toda su dignidad; se precipita de lleno en el vicio y avergonzado, con la cabeza baja, se complace secretamente hasta hacer de su embrutecimiento una gloria. Sólo los lazos del comercio atan á los miembros de esta sociedad, unos con otros: ¡desgraciado de aquel que no pueda ofrecer nada en cambio del servicio que pide!

El edificio más grande de la ciudad es el hospital. Un enfermo puede hacerse cuidar con relativa atención mediante el pago de 100 pesetas al entrar y 25 cada uno de los siguientes días; sin esto, puede estar seguro de que morirá como un perro, sin que nadie se ocupe de él. Un extranjero muerto de sed en una calle de Colón, puede arrastrarse largo tiempo de casa en casa, seguro de no hallar un blanco caritativo que le dé gratuitamente un vaso de agua; ¡sólo los negros, despreciados y odiados, tendrían la generosidad de mojar sus labios! Yo no olvidaré jamás el aspecto de la sala de fonda donde yo entré para comer y reponerme del mareo. Alrededor de una mesa de madera, ennegrecida por el uso, se sentaban un centenar de pasajeros de todas las nacionalidades. La mesa parecía una escena de saqueo; cada cual se precipitaba sobre el plato que más le gustaba y procuraba asegurarse la mayor parte; los gritos, amenazas y disputas, partían de todos los lados. En un extremo de la sala, un grupo de californianos, con los ojos huraños, los cabellos en desorden y las ropas hechas pedazos, se jugaban su dinero y el polvo de oro, sin preocuparse de los extranjeros que acababan de invadir el hotel; en el grupo reinaba el más profundo silencio, interrumpido solamente, según los azares del juego, por risas sardónicas y por blasfemias.

Una mujer, en otro tiempo blanca, amarilla por la fiebre, presidía el servicio de la mesa. Sus ardiertes y grandes ojos rodaban en órbitas demasiado anchas; su piel enjuta comprimía sus ojos, y su frente, desmesuradamente grande, parecía de mármol; sus labios violáceos y siempre abiertos, dejaban ver sus encías, blancas por la anemia, y bajo sus ropas anchas se adivinaba que en otro tiempo debió haber hermosas y voluptuosas formas.

De su antigua belleza sólo le quedaba una abundante cabellera, sirviendo de marco á su cara completamente marchita. Y sin embargo, esta mujer, que parecía formar parte del mundo de los muertos, no demostraba ningún desfallecimiento; su voz era decidida, su mirada intrépida, sus ademanes soberanos, desenvueltos. Parecía estar sostenida por una fiebre más terrible que la que minaba su existencia: la fiebre «sagrada» del oro.

La calle mayor de Colón presenta un aspecto extraño; banderas de todos los colores flotan en el aire, en todas las puertas y ventanas como en una calle de Pekín; blancos, negros y chinos gritan, gesticulan y se baten; niños completamente desnudos se revuelcan por el polvo y en el barro; cerdos y perros devoran sin disputa la multitud de carroñas y basuras que llenan la calle, y los buitres, parados al borde de los aleros, contemplan el espectáculo con ojos llenos de avidez; mones atados por todas partes braman enfurecidos, y los papagayos y loros de toda especie, lanzan al aire sus gritos estridentes: es un extraño barullo, en medio del cual no se puede entrar sin cierto espanto. Sólo los indios faltan en esta Babel. Perseguidos por el invasor de su país, apenas si se atreven á rodar tímidamente por las inmediaciones de

la ciudad, que se eleva, por encantamiento, sobre una isla pantanosa.

La bandera tricolor de Colombia flota sobre la casa consistorial de Colón-Aspinwall; pero la autoridad colombiana, lejos de gobernar, puede considerarse dichosa de que la toleren. La compañía de los caminos de hierro, declarada simple propietaria de la isla por acuerdo del Congreso colombiano, es en realidad la verdadera soberana de las vertientes atlánticas del istmo, y sus decisiones, sean ó no ratificadas por el jefe político de Colón y por el Congreso de Bogotá, son realmente fuerza y ley. Los americanos son los primeros que, sin temor á nada, han puesto el pie sobre ese islote malsano de Manzanillo y han construido una población de casas, chozas y cobertizos, desde donde han llamado á todos los hombres avaros de la tierra, diciéndoles: «Haced lo que nosotros; exponed vuestra vida por las riquezas.» Hasta han llevado desde los Estados Unidos, ya construídas, la mayor parte de las casas, y las harinas, carnes y otros comestibles vienen también de allí. La ciudad es creación suya, y se sienten con el derecho de gobernarla; para hacerse una idea de su dominio, basta decir que le han dado el nombre de uno de los mayores accionistas de la compañía: el del negociante Aspinwall. Y este nombre lo comparte aún con el de Colón, que los granadinos dieron á la ciudad naciente, en conmemoración del célebre navegante que descubrió la isla de Manzanillo.

Los agentes de la compañía americana son los únicos responsables de la salubridad de la ciudad; si quisieran ocuparse del saneamiento, la población, de cinco mil habitantes que actualmente tiene, se doblaría ó triplicaría en el espacio de algunos años; sólo que, en vez de secar los pantanos, han hecho

otros artificiales. Para construir un gran depósito de piedra negra, los ingenieros han elegido una línea de arrecifes á poca distancia de la orilla, y el pequeño lago que han separado así de la bahía, se ha convertido en una ciénaga infecta, llena de desechos putrefactos, cubierta de un sedimento bajo el cual germina la temible «fiebre de Changres.» Froebel, que ha visitado la desembocadura del río Changres, y de la cual hizo una hermosa descripción, dice haber distinguido perfectamente en su lengua, el gusto de los distintos miasmas del paludismo.

El camino de hierro, con una sola vía que une Colón con Panamá, no tiene más que unos setenta y dos kilómetros de largo, y atraviesa el istmo casi en línea recta de Noroeste á Sureste. Ha costado más de 500.000 pesetas por kilómetro, suma enorme comparada con lo que han costado otras vías de América; sin embargo, y dígame lo que se quiera, los trabajos importantes y artísticos no tienen nada de particular ni gigantesco. Fuera de un puente sobre el río Changres y otro para unir la isla de Manzanillo con el continente, lo demás, y esto mismo, hace ya muchos años que los ingenieros saben vencerlo. El mayor obstáculo para la construcción de esta línea fué la terrible mortandad de los obreros. La promesa de un sueldo exorbitante sedujo de un modo irresistible á muchos miles de hombres de toda raza y nacionalidad, y acudieron allí de todas partes bravos trabajadores que empezaron con valentía los trabajos, con los pies en el cieno ardiente de los pantanos, clavando pilotajes en el barro, arrojando arena y piedra en los lagos corrompidos.

¡Cuántos desgraciados, hostigados por el insecto malhechor, aspirando constantemente los péfi-

dos miasmas del agua, entontecidos por el sol inclemente que quema la sangre en las venas, se han arrastrado penosamente sobre la tierra hasta dejarse caer para no levantarse jamás!

Es un proverbio popular el que la vía de Colón á Panamá ha costado un hombre por traviesa. Tal vez esto sea una exageración, pero lo cierto es que la compañía no ha juzgado prudente publicar una estadística de los muertos. Los irlandeses, más expuestos que los demás á causa de la exhuberancia de su vitalidad y de la riqueza de sangre, fueron casi todos exterminados, hasta el punto de que los agentes de la compañía renunciaron á hacer venir de New York ó de Nueva Orlean más obreros de esta nación. Los mismos negros de las Antillas sufrían bastante los ataques del clima, y, poco deseosos de aumentar sus economías en detrimento de la salud, se retiraron en gran cantidad, á la Jamaica y á Santo Tomás á gozar las dulzuras del *far niente*. En cuanto á los chinos, robados de las playas de Macao, ó que, atraídos por magníficas promesas, abandonaron su país para enriquecerse al otro lado del Pacífico, se les vió morir á millares, de fatiga y desesperación. Muchos de ellos se suicidaron para librarse de los sufrimientos de la enfermedad que empezaba á retorcerles los miembros. Se cuenta que, cuando la epidemia estaba en su apogeo, una multitud de esos pobres expatriados, fueron en masa á acostarse un día, á la caída de la tarde, sobre las playas arenosas de la bahía de Panamá, que se veían libres, desde hacía algunas horas, de las aguas de la marea. Silenciosos, sombríos, mirando por occidente el sol que se ponía por encima de su patria, tan distante de ellos, esperaron resignados, estoicos, que la marea subiera. Bien pronto, en efecto, las olas llegaron en tropel

sobre las arenas de la playa; los desgraciados se dejaron arrollar sin exhalar un grito y la mar cubrió el inmenso lienzo sobre ellos y su desesperación.

La vía férrea del istmo está muy lejos de producir á la humanidad y al comercio los servicios que era de esperar. La falta corresponde completamente al monopolio y á la tarifa exorbitante de los precios exigidos por la compañía, que hace pagar á los pasajeros la enorme cantidad de 125 pesetas por un simple trayecto de 72 kilómetros, y pide hasta 100 pesetas por una tonelada de géneros expedidos en gran velocidad. Por eso el camino de hierro apenas si transporta de un mar á otro unos cuarenta mil viajeros por año, es decir, menos que nuestras líneas del Oeste en un día. El movimiento de mercaderías entre los dos océanos representa el valor total de un tercio de millar; y aun los artículos expedidos consisten en oro de California, en plata de Méjico y otros objetos que representan un gran valor en muy poco volumen. Todas las mercaderías de mucho volumen, exportadas de un mar á otro, siguen todavía el camino de cabo Horn: por más que el valor total se eleve á un término medio de mil millones próximamente, la compañía no piensa en rebajar la tarifa por sacar su parte de beneficio en el comercio importante. Antes que pagar el precio enorme al estipulado por la compañía del camino de hierro para el transporte de mercancía, los negociantes de New York ó de San Francisco, prefieren imponer á sus géneros el salto de 9.600 kilómetros y una prolongación de sesenta días de marcha en medio de las tempestades del Océano Austral. Excepción hecha de los grandes transportes que hacen el viaje regular de pasajeros y de correo, casi todos los navíos que aborden

Colón y Panamá, son simples goletas que hacen el servicio de cabotaje entre los puertos de Nueva-Granada y América central. Esto no obstante, el transporte de pasajeros y metales preciosos, basta para hacer ganar el 40 por 100 anual á los accionistas de la compañía; dentro de poco podrán aún aumentar los beneficios, vendiendo las cien mil hectáreas de tierras fértiles que les ha concedido la república granadina.

Hasta el día, la compañía del istmo no ha tenido más que una sola competencia que temer; la de los barcos á vapor del lago de Nicaragua, y también un poco las piraterías de Walker y las intrigas de los plenipotenciarios americanos, que exigen para los Estados Unidos una casi soberanía sobre la línea de tránsito, y que han hecho cesar completamente esta competencia durante algunos años. Tarde ó temprano, sin embargo, las vías férreas interoceánicas de Tehuantepec, de Honduras, de Costa Rica y del istmo de Chiriquí, quedarán terminadas, y hasta es posible que Nueva Granada, justamente descontenta de la compañía de Panamá, no le pague el interés anual convenido y permita á una compañía rival la construcción de otro camino de hierro entre los dos mares. Es evidente que este istmo alargado, que tan graciosamente se plega entre las dos Américas, en una longitud de 2200 kilómetros y separa con su estrecha banda de perpetua verdura los inmensos lienzos azules de los dos grandes océanos del mundo, no debe continuar siendo siempre una soledad triste en donde apenas si de distancia en distancia germinan algunos embriones de población. Un día vendrá en que los pueblos todos de la tierra se reunirán en este istmo: Constantinopla y Alejandría se construirán en la desembocadura de sus ríos, y sus prados y pantanos

se convertirán en tierras fértiles; el volcán pagano de Momotombo, que, según la tradición, tenía el deber de tragarse á todos los misioneros cristianos, admitirá, sin duda, sobre sus vastos flancos á los leñadores y agricultores pacíficos.

II

El «Narciso».—Porto-Bello.—Los indios.
El golfo de Auraba

Mi deseo era ir hasta Panamá por ver el istmo en toda su longitud, y contemplar al mismo tiempo las aguas del Océano Pacífico; pero para ello tenía que esperar durante todo un día y una noche á que saliera un tren, y tan larga estancia en un hotel, construido en las inmediaciones de un pantano, me hacía muy poca gracia. Además, tenía mucha prisa de llegar al pie de Sierra Nevada, finalidad principal de mi viaje, y me despedí de mis compañeros. El vapor inglés que hace el servicio regular de las costas de Nueva Granada, no debiendo pasar hasta una docena de días después, tenía prisa de ir al puerto y ver si podía aprovechar alguna goleta que fuese á Cartagena. Afortunadamente, una embarcación, con todas las trazas de una cáscara de nuez, estaba levantando su áncora ó lo que fuera; no tuve más que el tiempo preciso de mandar traer mi maleta, de meterme en un esquite y de subir á bordo de la goleta, que ya empezaba á balancearse frente á Aspinwall; luego, bajé á la bodega para dejar mis efectos entre dos sacos de cacao, y cuando subía la escalera peligrosa, estábamos ya en medio de la bahía.

El «Narciso» era una pequeña embarcación de